

8 AGO 1966

**Clarín** Opina: Teatro

Sátira Social Bajo los Chascarrillos de Bertoldo

## Brillante Espectáculo del Teatro Estable de Turín

"Bertoldo en la Corte", configura un notable y muy gustado espectáculo de farsa en prestigio del afanoso conjunto del Teatro Estable de Turín, que afirma en calidad su temporada del Odeón.

Goldoni escribió también un "Bertoldo en la Corte", conforme a la tradición de chocarrera sabiduría popular que tiene en ese personaje un arquetipo del villano socarrón que hace cáustica burla de los usos cortesanos, pero el de Goldoni no pasó de lo fugazmente anecdótico a los fines de una regocijante pieza musical. Y sin embargo, es justamente en Goldoni hacia quien vuela el pensamiento apenas, a telón abierto, se corre el portallón que descubre un tabladdillo instalado en un corral, entarimado de harapietas cortinas tiradas a cordel sobre el cual un bululú de remotos tiempos va a representar episodios del grueso y suculento apólogo sobre el campesino astuto. Los "rotosos remendados", como se autocalifican con irónica desaprensión dichos cómicos de la legua, quienes alternan los pregones con el recitado, poseen una raída guardarropía que se diría de naípe e individualizan cada personaje mediante una máscara. Sugestivo efecto plástico el que tales máscaras aparezcan pintadas en los rostros mismos.

El desmantelado escenario que ha de echar mano de los implementos del corral, procura así la atmósfera que corresponde a la farsa donde Bertoldo ha de codearse con un rey y una reina longobardos y replicar a las figuras que en torno a ellos simbolizan el corrupto ambiente de la corte, vinculándole a todos ellos una familiaridad de marionetas. Nada más simple y más sintéticamente expresionista que tamaña convención, donde la puerilidad, y aún lo deliberadamente burdo, coadyuvan al relieve escénico de la fábula, que si se nutre en chascarrillos resabidos aspira a la honda trascendencia de la sátira.

De manera que si bien presiden las características de la "commedia dell'arte, que se acentúan todavía más en virtud de la típica y trillada escena que comporta la tanda de palos al embolsado, ocurre que el acento satírico, con ser consubstancial con la antigua farsa, contiene alusiones a la conciencia del hombre con respecto al inalienable bien de la libertad y encuentra



UNA ESCENA de "Bertoldo en la Corte", con Paola Borboni, Giulia Oppi y Gianni Mantesi, la reina, el rey y Bertoldo

corolario en una frase acerca de la necesidad social de desterrar el miedo, sonsonetes que obligan a pensar en un moderno removedor de viejas historias burlonas, Bertolt Brecht, a cuyo implacable espíritu sarcástico da idea de ajustarse Massimo Dursi, el autor de esta paráfrasis, cuyo basto héroe se ve arrastrado a los pies del trono para serle impuesto el castigo a la irreverencia de sus canciones y ha de morir a causa de la valiente firmeza de la negativa a adaptarse a la falsa palaciega. Le ofende y duele que la estupidez de Bertoldino, su vástago, sea escarnecida, bajo los cascabeles de bufón.

Claro está que el autor no exhuma a Bertoldo sin recurrir al inocente anecdotario de las tretas astutas y las respuestas contundentes. Personaje espejo de la palurda sabiduría del pueblo que proviene del siglo XVI, Giulio Cesare Croce fue su creador, y el monje Banchieri hizo la añadidura del nieto Cacaseno. De la pervivencia legendaria, hablaban las ediciones baratas que no hace muchas décadas vendíanse todavía abundantemente en los quioscos, eternizando, entre otras, la ocurrencia ante la real condena de obtener la gracia que le permita a Bertoldo elegir el árbol del cual deben colgarse, y no puede encontrar ningún ramaje de su gusto. Dursi no prescinde de involucrarla, y en ese aspecto la farsa languidece en lo primario reiterativo.

Pero ya hemos insinuado que va más allá del relato gracioso, donde un candor grotesco esconde la acerada agudeza de juicio y donde el servilismo es ley en los fariseos, mientras la sinceridad de alma del aldeano a cada paso le vuelve pasible de horca. Contrasta símbolos y la sorna suena a disconformidad rebelde. Algo así como un hábito quijotesco que alentara en Sancho, vibra un vago lirismo en la conciencia del hombre silvestre y libre, cuya palabra sin rebozo, por ser enderezada a quienes representan la adulación, la venalidad, la intriga y la hipocresía, asume el tono que sólo era consentido a los bufones, licencia truhanesca que practica, repudiando al que se convierte en hazmerreír.

Brillantes la puesta en escena y el juego brioso de los intérpretes. Gianfranco de Bosio se acredita de lleno cual director de primer orden, en mérito a la dinámica, al ritmo y a la profundidad del sentido de la alegoría. El dispositivo escénico es creación talentosa de Luciano Damiani y el vestuario extraído de magníficos diseños de Ezio Frigerio. Hay una ad

cuada y tenue ilustración musical de Sergio Liberovici.

A Bertoldo lo personifica, sin incurrir en ninguna línea caricatural, Gianni Mantesi, a lo largo de un juego ágil e incisivo. Paola Borboni aporta la certeza de su dicción al papel de la reina. Son encantadoras en variadas partes Franca Tamantini, Edda Albertini, Ana María Cini, Carla Parmeggiani e Ivana Erbetta. Gina Sammarco da carácter a su papel campesino y Alessandro Esposito compone con relieve el hijo bobo. Excelentes las encarnaciones, según lo dictan sus máscaras, de Renzo Giovampietro y Giulio Oppi. Y muy digno de elogio, también, el tributo de los actores Butarelli, Cortese, Passatore, Parenti y Bartolucci.

E. G.